

animales que tienen todos los instintos que les son convenientes, si su razón fuese incapaz de guiarlo á la realización de su destino y al cumplimiento de las leyes que le son obligatorias.

P. ¿Qué nos demuestra el libre exámen respecto del origen del mundo?

R. No pudiendo demostrar á priori, directamente, cómo se haya verificado la creación, se limita á observar los hechos actuales para sacar consecuencias seguras. Y así por ejemplo: es indudable que de la madre nace el niño; y como toda madre fué primero niña, resulta una cadena sin término que repugna admitir, porque la materia es por su naturaleza finita y perecedera; luego aparece probada la necesidad de una creación, de la acción primera y directa de la Divinidad haciendo que apareciese la criatura racional, en aquella forma y condiciones indispensables para que tuviese verificativo el designio que presidió á su aparición, sin que sea dable precisar cómo fué.

P. ¿Y tales sucesos no son contrarios á la razón?

R. De ningún modo: son superiores evidentemente á la razón, pero no contrarios; pues son indispensables como punto de partida en multitud de investigaciones. Lo mismo sucede con las propiedades de los cuerpos, que se llaman leyes físicas y afinidades químicas; la filosofía las encuentra, las clasifica, y saca de tales antecedentes, bien comprendidos como hechos seguros y comprobados, consecuencias de grande utilidad referentes á la conveniencia de las cosas.

P. ¿Y aplicando nuestra razón al progreso moral, no podremos decir como Mr. Félix (1) "para nosotros el firmamento de las almas tiene ya completas todas sus estrellas.... Dios no enciende ya en él nuevos faros?"

R. Este es un resto de la teología india, la de la inmovilidad. Es indudable que ignoramos absolutamente cuál puede ser el límite de nuestras investigaciones y perfeccionamientos; por consiguiente, nuestros progresos en el orden intelectual, moral y religioso no están cerrados.

P. ¿Y qué resulta de la aplicación de la filosofía á las diferentes religiones?

R. Una profunda convicción de que en todas ellas es posible la salud espiritual para los individuos que cumplen sus deberes.

P. ¿Y qué debemos hacer respecto de la asociación religiosa en que háyamos nacido, si por cualquier circunstancia dejamos de estar acordes con alguno de sus principios?

(1) En un opúsculo sobre la caridad cristiana.

R. Debemos seguir el espíritu de sus instituciones, la pureza de sus prácticas, y concurrir á las demostraciones de su culto con que estemos conformes, mientras no se nos impida tal concurrencia.

P. ¿Y si llega este caso, ó si en la muerte de alguno de nuestros deudos se encuentra resistencia para dar descanso á su cuerpo en los lugares de costumbre?

R. Si las leyes no tienen arreglada prudentemente esta materia, no debe reclamarse; la tierra es buena madre que jamás desecha á sus hijos, y donde quiera que va el cadáver de un hombre de bien, lleva consigo la bendición de Dios; así como todas las bendiciones juntas de los sacerdotes, no harán bueno al malo delante de la justicia eterna.

CAPITULO III. DE LA CONCIENCIA.

"Nos contentamos con trabajar en llenar la memoria, dejando vacíos el entendimiento y la conciencia." Montaigne, libro II, cap. XXIV.

I.—Nos te te ipsum.

Cuando un perro ó un gato se acercan á un espejo, de manera que puedan verse en él, gruñen contra su misma figura; no saben la impresión que causan, no se conocen. El hombre en su primera rudeza ofrece la misma ignorancia; pero no tarda en hacer comparaciones de lo que posee con lo que otros tienen, de su fuerza ó debilidad, de su hermosura ó de su fealdad, y lo que es sobre todo mas interesante, de su inteligencia, y sabe con mas ó menos exactitud cuál es el lugar que le corresponde en la creación. La facultad con que se apercibe de estas relaciones, el acto reflejo dirigido sobre sí mismo, el conocimiento de un ser por el mismo ser, forma la conciencia, constituye el principio de Descartes, *cógito ergo sum*, la primera y mas trascendental aplicación del consejo de Sócrates, *conocerse á sí mismo*. Por esto la razón nos dice á cada paso: mira lo que eres; valúa lo que puedes; reconoce como parte de tí mismo la ley á que te encuen-

tras invariablemente sujeto, y esfuérzate por seguirla voluntariamente para alcanzar merecimiento; preguntate, en fin, como el filósofo alemán: (1) *¿qué puedo saber? ¿qué debo hacer? ¿qué puedo esperar?*

II.—La utilidad como principio moral.

Reducida la conciencia á una apreciación de la verdad con relación á nosotros mismos, es preciso ante todo, combatir aquellos errores que pueden extraviarnos en el cumplimiento de nuestras obligaciones: entre ellos señalamos como primero, el que enseña que debe tomarse como fundamento de las acciones la *utilidad*.

Hay quienes aseguran que la norma de las acciones debe ser el interés general, y el móvil para cada caso, el interés particular; ¡mas cuando el primero está en contradicción con el segundo, cómo pueden inculcarle al individuo que ceda y que se sacrifique, los que le han enseñado, los que han reconocido que es un derecho la utilidad solo por ser utilidad? ¿cómo podrán comprenderse en ésta y explicarse las aspiraciones nobles y elevadas del individuo y de la humanidad entera? El mayor de nuestros héroes, *Hidalgo*, al poner los cimientos de nuestra independencia, sacrificó todos sus intereses, *hasta el de la propia conservación*. Si esto fué, como efectivamente lo es, sublime y respetable hasta los últimos límites, y si en casos semejantes la palabra *interés* haría ofuscar tanta gloria, y que se pensara únicamente en la utilidad del momento, en mezquinas y transitorias satisfacciones; dejemos á las ideas de *obligación, deber, abnegación, heroicidad*, su reconocido prestigio, para comprender con ellas todos los lazos morales, todos los impulsos elevados, que hacen de la humana criatura un sér que busca por todas partes la armonía y el orden, ante cuyos magníficos objetos, la idea de utilidad es verdaderamente mezquina é insuficiente.

III.—¿Hay cálculo en el bien obrar?

“La virtud, dice Bentham, (2) es la preferencia dada á un bien mayor comparado con otro menor; pero está destinada á ejercerse cuando el bien menor se *agranda* por su proximidad y el mayor se *disminuye* por la distancia.”

Segun esta definición, la virtud es asunto de puro cálculo, y los comerciantes aparecen los mas virtuosos. Lo que agranda

(1) Manual Kant.

(2) Deontología ó ciencia de la moral, tomo I.

los bienes presentes no es únicamente la cercanía; lo que les da una importancia decisiva, es la necesidad.

Tratando este mismo asunto dice Bentham: “Preséntaseme un hambriento pordiosero. El tiene mas necesidad que yo del pan que tengo: dóiselo, y pierdo mi comida. *En esto hay utilidad*, pero tambien hay virtud, porque someterse á una pena, es decir, á la hambre, pedia un esfuerzo, y éste lo he hecho yo.”

No hay duda que en el caso propuesto hay virtud; mas para los utilitarios, para los evaluadores que antes de conceptuar una acción como virtuosa, necesitan averiguar si el bien se ha agrandado, ¿bajo qué principio deciden que el dar la propia comida á un pordiosero es un acto virtuoso? ¿qué esperan despues de aquel acto que les *compense* del sacrificio que han impendido?

No hallarán, por mas que busquen, sino una cierta satisfacción, que nos dice, que en otra parte se premian las buenas acciones: ¿á esto llamarán utilidad?

Pero seria un error gravísimo pensar que la cuestión de que se trata es solamente de palabras, cuando encierra indudablemente las consecuencias mas importantes del orden social. ¡El interés! es el que causa los mayores sufrimientos de la humanidad; por él se ve la tierra teñida de sangre y regada de lágrimas; ¡y así podrá decirse que es cuestión de palabras, el que se dirijan los hombres por el deber ó por la utilidad, por el principio moral de lo justo y de lo obligatorio, y no por el cálculo y por la conveniencia, por la ley, en fin, de la sociabilidad, y no por la pasión?

Se invoca el interés del mayor número, es verdad; ¿pero quién cuenta este mayor número? Y suponiendo exacta esta cuenta, ¿por qué se ha de imponer al menor número el sufrimiento? ¿No brotaria de esto mismo el mas pleno derecho á la resistencia?

Digamos mejor, como enseña un autor moderno: (1) “La moral, aunque altamente *útil*, no quiere ser tratada como objeto de mera utilidad. Cuando se empieza por ensalzar la moral solo como cosa conveniente, el discurso pierde su fuerza; la cuestión se reduce á cálculo, en cuyo caso los hombres no están dispuestos á escuchar exhortaciones sobre la virtud.”

Temístocles propuso un día á la Asamblea de Atenas, se eligiese un individuo á quien comunicaria un asunto muy importante para la ciudad, y cuyo éxito dependia del secreto.

Inmediatamente fué nombrado Aristides, á quien el primero explicó que para lograr el primado de la Grecia, bastaria quemar

(1) Jaime Balmes. Ética, núm. 197.

las naves de las otras ciudades, reunidas á la sazón en el Pireo. Aristides compareció en seguida ante el pueblo y dijo: *el proyecto es útil, pero injusto*, y esto bastó para que todos á una voz lo rechazasen.

IV.—No puede colocarse el principio moral en el aplauso.

Los moralistas que no toman en cuenta la espiritualidad del alma, necesitan un grande esfuerzo de ingenio y abandonar con frecuencia el principio que adoptan, para no llegar al absurdo.

En este número colocamos á Holbach, quien califica las acciones buenas solo por el *aplauzo*, ú opinion. (1) Error muy grave es ciertamente tomar por calificación de nuestras acciones el aplauso y la opinion, supuesto que nos faltan tales guías cuando estamos solos, y porque nos enseña la historia que se han cometido crímenes horribles con general aunque pasajera aceptación.

Muy sabiamente dijo el grande orador romano (2) "que la ley moral no es pensamiento de hombres, ni pacto ó decreto de pueblos, sino que tiene algo de eterna, una sabiduría que manda y prohíbe y cuya sancion está en la conciencia."

V.—Aplicaciones del principio moral que consiste en la sociabilidad.

Respeto inviolable á la propiedad ajena, para excitar la actividad humana y el bien general.

Respeto inviolable á la familia, para que se conserve y se produzca puro el mas principal elemento social.

Respeto inviolable á la libertad del individuo, de la familia y de los pueblos, para que su desarrollo, su engrandecimiento, su progreso, correspondan á los fines que al hombre en particular, y á la humanidad en conjunto, ha impuesto el Supremo Hacedor.

Estas aplicaciones fundamentales de la sociabilidad y todas sus posteriores derivaciones, se verifican por la conciencia. Al momento de obrar oímos dos voces en nosotros mismos; la una es del *interes* que nos habla así: Hé aquí lo que te dará reposo, seguridad, riqueza, gloria ó poder; la otra es la del *deber*, y que nos dice: ¡Olvídate de tí mismo, conságrate, sacrificate!"

"Nadie se sacrificaría por el deber si éste fuera institución humana. Se le da el reposo, la fortuna, la vida, porque se reco-

(1) Moral univ. por el baron de Holbach, en el prólogo.

(2) Ciceron, de legibus, II, 4.

noce que viene de Dios. La mas irrefutable demostracion de la existencia de Dios, es la vida y la muerte de un justo." (1)

VI.—Efectos de la conciencia.

Es indudablemente la conciencia la misma espiritualidad que nos acompaña, la luz que con su divino soplo encendió el Creador, dentro de nosotros mismos, para que nos guiase. Por ella el justo soporta las penalidades de esta vida transitoria, goza con su propia tranquilidad, y espera otra vida mejor; por ella el malo sufre en medio de las delicias terrenales, su inquietud le acibara todo momento, y *conoce* que solo poniéndose en paz consigo mismo puede alcanzar alguna verdadera dicha en sus breves dias.

Este íntimo conocimiento de sí mismo es inseparable compañero del hombre, y tanto viene á darle testimonio de una vida inocente y benéfica, como de la que se pasa con los crueles remordimientos del mal que se ha hecho y del bien que se ha dejado de hacer.

Tiberio, uno de los mas crueles y desapiadados emperadores, decia: *que obedezcan, aunque me odien*; pero su alma vivia tan conturbada, que en una vez escribió al Senado: *Si sé lo que debo decirlos, los dioses y las diosas me hagan perecer aun mas cruelmente de lo que me siento morir cada dia*. Este mismo emperador era presa de terrores supersticiosos, y cuando fué á encerrarse en Caprea, en medio de toda clase de disoluciones, acercándosele una vez su culebra favorita, fué muerta por los moscones, lo que interpretó como un aviso de que debía precaverse de las asambleas, por lo que se volvió inaccesible para los senadores, que despues de esperar en vano mucho tiempo eran despedidos.

VII.—Ilustracion de la conciencia por el cristianismo.

Lo que mas ha contribuido al desarrollo de nuestra conciencia es el cristianismo, pues nos ha ministrado ideas fijas, claras, y generales para ilustrarla, y podemos afirmar por esto, que los pueblos modernos educados con sus verdades, tienen mas conciencia que los antiguos, es decir, que se halla mas al alcance de todos los hombres la idea de los deberes. Antiguamente era la ignorancia mas general, y por esto reinaban injusticias atroces y ultrajes contra la naturaleza, que no suscitaban la reprobacion universal de un modo tan vivo como al presente.

(1) Julio Simon.

Como quiera que se considere el origen del cristianismo, es la fórmula mas adelantada de la moral, y por consiguiente el apoyo mas sólido de la conciencia. Los pueblos civilizados, á pesar de los muchos obstáculos con que luchan, han tomado decididamente por guía dicha fórmula, y esperan fundadamente conquistar con ella justicia y progreso.

Sed perfectos como mi Padre que está en los cielos, dijo Jesucristo, (1) y á la vez que estableció la sociedad humana sobre una base divina, es decir, espiritual, por la segura creencia de Dios y de la inmortalidad del alma, destruyó la inmovilidad antigua, exigiendo que la actividad del individuo se ejercite libremente en las ideas, en el sentimiento y en las obras.

Y no se crea que esta perfeccion que nos diseñó es una idea vaga ó mística. Hablando Jesucristo con un hombre que desde su juventud habia cumplido los preceptos del decálogo, (2) es decir, que habia llenado los deberes de justicia, y deseaba saber lo que le faltaba para asegurar la vida eterna, le dijo: "Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo á los pobres."

Tiene, pues, cualquier hombre, suficiente luz en esta doctrina para rectificar su conciencia; tienen los pueblos marcado el sendero de su perfeccionamiento. Un fanal preside desde entonces á la civilizacion, una sola palabra reasume todos los deberes políticos, sociales y religiosos, *la humanidad*. ~~Si~~ Todo lo que estorba su marcha progresiva, es decir, de perfeccionamiento, todo lo que multiplica el número de desgraciados que son los pobres, es anticristiano, porque es antisocial.

P. ¿Qué entendeis por principio moral?

R. Una verdad fundamental á la cual tienen que subordinarse todas las acciones del hombre.

P. ¿Establecida la sociabilidad como norma general de las sociedades y de los individuos entre sí, por qué medio se aplica este principio al cumplimiento del Deber?

R. Por la conciencia.

P. ¿Qué cosa es Conciencia?

R. Un acto espiritual en cuya virtud percibimos las re-

(1) San Mateo, cap. V, v. 48.

(2) San Mateo, cap. XIX, v. 21.

laciones necesarias que nos ligan con el Criador, con la humanidad en general, ó con cualquier sér racional en particular.

P. ¿Cómo se demuestra la conciencia?

R. La conciencia, como todas las verdades de sentimiento, se demuestra por sus resultados; y así, la intranquilidad en que vive el que obra mal, la sencillez del que obra bien, los remordimientos que en vano procuramos ahogar por las injusticias de que somos responsables, y los esfuerzos que hacemos para borrarlas, prueban evidentemente que en todos los hombres existe una percepcion íntima, por la que distinguimos lo lícito de lo vedado, lo bueno de lo malo.

P. ¿Y qué es lo que ilustra á nuestro espíritu para seguir constantemente el sendero mas recto, y para no traspasar la esfera de decencia y de respeto social en que deben girar las acciones?

R. El estudio de la ley natural y de la armonía en que debemos vivir los hombres, como hijos de una misma familia, como partes de un todo que sufre por el descarrío de cualquiera de sus miembros, y que goza con la felicidad de cada uno de ellos.

P. ¿Pues no decís que la mayor luz que la conciencia de los pueblos modernos ha recibido, le viene de los principios humanitarios proclamados por Jesucristo?

R. Sí, porque el verdadero cristianismo es el simple desarrollo de la ley natural. El Evangelio dice: "Amad á Dios, amad á los hombres. Asimismo, la naturaleza manifiesta á Dios y nos invita á amar á los hombres." Ambos libros tienen el mismo lenguaje, ó mejor dicho, el Evangelio generalmente en su espíritu, no es sino la expresion escrita de estas tres leyes de la naturaleza:

Sentimiento de la Divinidad.

Sociabilidad.

Perfeccionabilidad del linaje humano. (1)

P. ¿Y por qué decís que esta enseñanza se desprende del espíritu del Evangelio?

R. Porque es el que debe consultarse, y del que debe imbuirse todo el que se decida á ser cristiano, y no de una palabra que acaso está mal copiada, ó de un texto mal comprendido. Así ciertas expresiones que pudieran juzgarse inconvenien-

(1) Educacion de las madres de familia por L. Aimé Martin, parte IV, cap. IV.

tes en el antiguo Testamento, desaparecen en el Evangelio. Moisés consagró en aquel la venganza, que es la ley de la materia bruta; Jesús consagra el amor, que es la ley del alma inmaterial." (1)

P. ¿Y cómo puede ser norma de las acciones la conciencia, supuesto que es por su naturaleza tan variable que hoy aparece justo lo que mañana es reprobado: hoy se ensalza lo que mañana se humilla, y hoy se juzga como crimen lo que mañana se juzgará virtud?

R. La conciencia es una demostración sobre bases determinadas; es por tanto una verdad relativa; mas por dicha del género humano, y por complemento de la armonía en que Dios lo ha colocado, los deberes que son siempre exigibles, son negativos, y coadyuva á su cumplimiento la misma naturaleza, por el horror que inspiran los delitos, como robar, matar, etc., y por tanto, la demostración de la conciencia descansa sobre bases inquebrantables, claras y constantes, en todo lo que es esencial para el cumplimiento de los deberes estrictos.

CAPITULO IV.

DEL TRABAJO.

I.—Idea general del trabajo físico y moral.

El empleo útil de las facultades físicas é intelectuales, el ejercicio productivo de las aptitudes del individuo, forman sin duda el destino providencial de la especie humana. En este sentido, el trabajo es el goce mas puro, el origen de muchos bienes, el asiento de las virtudes sociales, de la grandeza de las naciones, y de la independencia del hombre.

Para que se conozca cuánto se trasforman los pueblos por efecto de su propia laboriosidad, recordaremos que cuando César conquistó la Gran Bretaña, se burlaban en Roma de que hu-

(1) La misma obra en la parte IV, cap. III.

biese vencido un país que carecía de plata y oro, y donde no se encontraba huella de arte ni ciencia. Compárese su pobreza de entonces y su ignorancia con el inmenso poder que ahora tiene, y se podrá juzgar cuántos grados de adelantamiento ha alcanzado hasta llegar á ser, si no la primera, una de las primeras naciones del mundo.

La inactividad produce un sufrimiento enervador, la miseria y la dependencia mas cruel respecto de las propias necesidades no satisfechas, en medio de las cuales se debaten los individuos agobiados de una congajosa desesperación.

Todos los que viven sin capital productivo y sin trabajo personal, reagravan el sufrimiento de las gentes laboriosas, pues concurren á consumir lo que no producen.

Desde luego se comprenderá, que no solo es productivo el trabajo meramente físico, como el de los agricultores, fabricantes, carpinteros, herreros, albañiles, etc., sino tambien el trabajo intelectual, que á veces viene á ser de un precio inestimable. Así por ejemplo, un juez que reparte debidamente la justicia, un gobernante que mantiene la paz y premia la virtud, un ingeniero que hace brotar y correr las aguas, un botánico que enseña las buenas propiedades de las plantas, y los artistas que reproducen lo mas bello de la naturaleza en sus cuadros, los estatuarios que conservan los bustos de los grandes hombres, los poetas que transmiten á la posteridad sus hechos gloriosos, todos contribuyen al bienestar y perfeccionamiento de la sociedad, y tienen un derecho perfecto á ser indemnizados de sus afanes, en proporcion al mérito que alcanzan.

II.—Ricos.—Pobres.

Ser rico, es tener mas de lo necesario; ser pobre, es tener menos de lo necesario; el que no tuviese mas ni menos, acaso merecería ser llamado hombre feliz. Mas ¿quién se contenta con lo estrictamente indispensable para la vida? ¿Cómo se gradúa lo que se llama indispensable? ¿Y cómo se conserva de manera que la acumulacion consiguiente para evitar la falta deje de llamarse riqueza?

No puede desconocerse el justísimo afán que ocupa á todo jefe de familia, de que no llegue un dia sin tener lo necesario para sus hijos, y que esta es la causa de muchos males é injusticias, pues tal afán da por resultado que unas familias se hallen muy abundantemente provistas para el porvenir, mientras que la mayoría carece de lo mas indispensable en el presente.

Se refiere en la historia de Napoleon el grande, que al llegar